

LA FUERZA DEL SILENCIO

Después de mi libro *'Dios o nada'* he estado reflexionando profundamente sobre la importancia del silencio en la vida de todo ser humano y particularmente en la vida del cristiano. El fruto de estas reflexiones provocó la publicación de un nuevo libro que lleva por título *“La fuerza del silencio”*. Pero ¿por qué escribir un libro sobre el silencio en una sociedad fascinada por el ruido?

Hace tiempo conocí al hermano Vicente María de la Resurrección, monje de la Abadía de Santa María de Lagrasse y jamás podré olvidar la belleza y la profundidad de nuestra relación espiritual. Esta belleza y profundidad fueron silenciosas porque el hermano Vicente no podía hablar, sufría una esclerosis múltiple galopante. El hermano murió en abril de 2016, a la edad de 37 años, antes de cumplirse los dos años de nuestro primer encuentro. Hemos rezado juntos, hemos meditado juntos, hemos leído juntos, pero hemos hablado muy poco. Nos comunicábamos con la mirada, el silencio y la oración. Yo decía en voz baja y él movía los labios en señal de participación activa y de comunión.

La dimensión humana y mística del silencio del hermano Vicente me ha marcado profundamente. Puedo decir que *“La fuerza del silencio”* ha nacido en la habitación de un gran enfermo, de un joven religioso que esperaba el cielo. Con el cuerpo roto por los análisis médicos, aplastado por los golpes cada vez más violentos del sufrimiento, pero el cuerpo trascendido por el Sólo, por el Único, por Dios. Los ojos cansados del hermano Vicente María de la Resurrección radiaban santidad, alegría, fe, caridad y paz en medio de un admirable silencio. Precisamente lo que me sorprendía era la paz, la serenidad y la felicidad que brillaban en el rostro del hermano Vicente a pesar del enorme sufrimiento que le destruía literalmente. En la vigilia de su entierro, leyendo su diario íntimo, es cuando pude descubrir la verdadera fuerza espiritual que había alimentado su vida interior.

Efectivamente, en esas páginas encontré reflexiones de una profundidad excepcional. La Abadía de Lagrasse fue, pues, el primer faro que iluminó mis reflexiones contenidas en *“La fuerza del silencio”*. El segundo fue la Gran Cartuja. Doy gracias a Dios por haber tenido la gracia excepcional de ir al Monasterio de la Gran Cartuja y de haber tenido el privilegio de entrar en la clausura traspasando los altos muros que la cierran desde hace siglos. La Gran Cartuja es verdaderamente una casa de Dios y nos encamina hacia el Altísimo y nos presenta ante Él. En ese lugar bendito todo está puesto para encontrar a Dios: la belleza de la naturaleza, la austeridad de los lugares, el silencio, la soledad y la liturgia, aunque yo estoy habituado a rezar durante la noche, porque la noche está hecha para llorar y para orar, - decían los Padres de la Iglesia.

El oficio nocturno en la Gran Cartuja me impresionó profundamente. Una oración en la oscuridad, sin luz, a excepción de la de El Sagrario, la tienda del encuentro. La oscuridad era pura, el silencio era una presencia, la de Dios. La noche ocultaba todo, la realidad exterior nos aislaba a unos de otros, pero unía nuestras voces y nuestras alabanzas, guiaba nuestros corazones, nuestras miradas y nuestro pensamiento para no fijar nuestra atención más que en Dios. La noche es maternal, deliciosa y purificadora. La oscuridad es como una fuente donde somos lavados, pacificados y más íntimamente unidos a Cristo y a los otros. Pasar una buena parte de la noche orando es regenerador, nos hace renacer. Ahí Dios se convierte verdaderamente en nuestra vida, nuestra fuerza, nuestra felicidad, nuestro todo.

Siempre he tenido una gran admiración por San Bruno porque, como Elías, conducía muchas almas hacia la montaña de Dios para escuchar y ver la voz de un silencio sutil y dejarse interpelar por esa voz que nos dice: -¿qué hace aquí Elías? En efecto, el primer lenguaje de Dios es el silencio. Comentando esta rica y bella intuición de San Juan de la Cruz, Thomas Keating escribía en su obra "*Invitation to love*": Todo lo que sigue es una pobre traducción. Para entrar en ese lenguaje debemos aprender a ser silenciosos y a descansar en Dios.

Este tiempo actual es un momento oportuno para buscar el verdadero orden de nuestras prioridades. Es tiempo de poner a Dios en el centro de nuestras preocupaciones, en el centro de nuestro pensamiento, en el centro de nuestro actuar y de nuestra vida. En el lugar que sólo Él debe ocupar. Así, nuestra vida cristiana podrá gravitar en torno a esta roca, fundamentarse en la luz de la fe y alimentarse en la oración, que es un momento de encuentro silencioso e íntimo donde el hombre está cara a cara con Dios para adorarlo y expresar su amor filial. Sin Dios, decía el Beato Pablo VI -el hombre no es nada y no puede nada. Y al contrario, con Dios todo es posible. Por lo tanto, es necesario alabarle, darle gracias, adorarlo, celebrar sus maravillas que hace a nuestro alrededor y en nosotros. La existencia humana encuentra su relación con Dios, es lo que se llama la dimensión vertical, sin la cual el hombre es irremediabilmente mutilado.

Sí, queridos sacerdotes, la verdadera urgencia es esta: encontrar el sentido de Dios y Dios, nuestro Padre, no se deja abordar más que en el silencio. Lo que más necesita la Iglesia hoy no es una reforma administrativa, ni un cambio estructural, ni una logística o estrategia de comunicación o un programa pastoral suplementario. El programa existe ya, es el de siempre, que proviene del Evangelio y la Tradición viva. Se centra en Cristo a quien tenemos que conocer, amar, imitar, para vivir para vivir en Él la vida trinitaria y para transformar con Él nuestro mundo que se degrada, porque los hombres viven como si Dios no existiera.

Como sacerdote, y por tanto como pastor, como obispo y cardenal, como prefecto de un Dicasterio romano, mi preocupación principal, mi prioridad, es decir que sólo Dios puede colmar el corazón del hombre. Creo que somos víctimas de la superficialidad, del egoísmo y del espíritu mundano que propaga la sociedad mediática. Nos perdemos en luchas e influencias, en conflictos personales, en un activismo narcisista y vano. Nos llenamos de orgullo, de pretensiones y somos prisioneros de una voluntad de poder indomable. Así para conseguir títulos y cargos profesionales o eclesiásticos aceptamos cualquier compromiso. Pero

todo esto está condenado al fracaso. Esos falsos valores desaparecen como el humo. Invito a los cristianos y a los hombres de buena voluntad a entrar en el silencio porque, según mi opinión, sin el silencio permanecemos en una ilusión mortal. En efecto, la única realidad que merece nuestra atención es sólo Dios y Dios es silencioso. Él espera nuestro silencio para revelarse, un silencio contemplativo, adorador y lleno de amor a Dios.

Es prioritario recuperar el sentido del silencio. Es una necesidad, una urgencia. El silencio es mucho más importante que cualquier otra obra humana porque habla de Dios. La verdadera revolución viene del silencio que nos conduce a Dios y hacia los otros para ponernos humildemente a su servicio. El silencio no es un concepto, sino el camino que permite a los hombres ir a Dios. Podríamos decir que Dios es también silencio, ese silencio divino habita en el hombre. Viviendo con Dios silencioso, en Él llegamos a ser nosotros mismos silenciosos. Miren a los monjes y a los contemplativos, son silenciosos porque viven en Dios. Quién no está solo no puede ser silencioso. Quien no hace silencio no puede entender al que habla.

Es verdad que la conquista del silencio supone un combate y una ascesis. Sí, se necesita coraje para liberarse de todo lo que hace pesante nuestra vida, porque no hay nada que nos guste más que lo fácil, las apariencias, la superficialidad. El hablador, llevado hacia lo exterior por la necesidad de hablar de todo, no puede por menos más que estar lejos de Dios y es incapaz de una profunda vida espiritual. Por el contrario, el silencioso es un hombre libre. Ninguna dictadura podrá nada contra el hombre silencioso, ningún poder puede arrastrar a un hombre silencioso.

Pienso en mi predecesor en la sede de Conakri, la capital de mi país natal, Guinea que se llamaba Mons. Raimondo María Tchidimbo. Este obispo estuvo en prisión durante cuarenta nueve años perseguido por la dictadura de Sékou Toure. Se le había prohibido estar y hablar con nadie. El silencio impuesto por los torturadores se convirtió en un lugar de encuentro con Dios. Misteriosamente, su mazmorra se convirtió en un verdadero noviciado y esa prisión miserable, insalubre y sórdida le permitió comprender un poco el gran silencio del cielo. Su libro *“El noviciado de un obispo”*, define este periodo como siniestro y trágico, pero al mismo tiempo fue para él una extraordinaria experiencia espiritual y la estructuración de una intensa vida de oración.

Quisiera hablaros también del lugar que debe tener el silencio en la liturgia, se trata de una preocupación fundamental en nuestros días. Ante la majestad de Dios, nuestras palabras se pierden. El Papa San Juan Pablo II veía en el silencio el elemento esencial de toda actitud de oración porque, decía él: *“el silencio caracterizado por la adoración manifiesta la humilde aceptación de los límites de la criatura de cara a la trascendencia infinita de un Dios que no cesa de revelarse como un Dios de amor”*. Rechazar este silencio impregnado de temerosa confianza y de adoración, significa impedir a Dios la libertad de comunicarnos su amor y, por tanto, de manifestarnos su presencia.

El silencio sagrado es el lugar donde podemos encontrar a Dios, porque nosotros vamos hacia Él con la actitud del hombre que tiembla y se asombra ante Dios. Es importante que los sacerdotes aprendan de nuevo lo que significa el temor filial de Dios, el carácter sagrado de su relación con Él. Deben aprender de nuevo a temblar de estupor ante la santidad de Dios y ser conscientes de la gracia extraordinaria de su sacerdocio. El silencio nos enseña una gran regla

de la vida espiritual, la familiaridad no favorece la intimidad, al contrario, tomar una cierta distancia es una buena condición también para la comunión profunda y noble entre los seres humanos y con Dios. En efecto, a través de la adoración es como la humanidad camina hacia el amor, hacia Dios. El silencio sagrado da paso al silencio místico donde se transparenta la intimidad del amor entre Dios y la persona humana. Bajo el yugo de la diosa razón, magnificada por los filósofos del Iluminismo, hemos olvidado que lo sagrado y el culto son las únicas puertas de entrada a la vida espiritual. Yo no dudo en afirmar que el silencio sagrado insigne e incomparable es una necesidad esencial, inevitable de toda celebración litúrgica, porque el silencio nos permite entrar en contacto con el misterio que se celebra.

El Concilio Vaticano II subraya que el silencio es un medio privilegiado para favorecer la participación del pueblo de Dios en la liturgia. La solicitud pastoral de los padres conciliares vino a explicar y a manifestar lo que es verdaderamente la participación litúrgica, es decir, el acceso al misterio de Dios. Sin embargo bajo el pretexto de poder aproximarse más fácilmente a Dios, algunos han querido que en la liturgia todo sea inmediatamente inteligible, racional, horizontal, fraternal, humano. Actuando así se corre el peligro de reducir el misterio sagrado sólo a buenos sentimientos. Así bajo el pretexto de pedagogía, algunos presbíteros se permiten interminables comentarios increpantes y puramente horizontales. Esos pastores tienen miedo de que el silencio ante el Altísimo dañe a los fieles. Creen que el Espíritu Santo es incapaz de abrir los corazones a los misterios divinos mediante la infusión de la luz, la gracia santificante. El Papa San Juan Pablo II nos pone en guardia ante todo esto: *"El hombre entra en contacto con la presencia divina, sobre todo, dejándose educar en el silencio de oración"*.

En la liturgia, el silencio sagrado es un bien precioso para los fieles y los sacerdotes no deben privarlos de este tesoro. Nada debería empañar la atmósfera silenciosa que debe impregnar nuestras celebraciones. Sin embargo, para que la liturgia sea vivificada por el silencio sagrado no basta con decretar momentos de silencio, sino que es una actitud del alma. No se trata de una pausa entre dos ritos, sino que el silencio mismo es un rito.

En los ritos orientales, a diferencia del rito romano, no se pide tiempo de silencio durante la celebración de la divina liturgia. Ciertamente existe en esos venerables ritos y de manera intensa la dimensión apofática de la oración ante Dios que es inefable, incomprensible, inaccesible. La divina liturgia constituye, en cierta manera, una inmersión en el misterio de Dios que se celebra tras el *iconostasio*, que para los orientales, es el velo que preserva el misterio. Entre nosotros, los latinos romanos, el silencio es un *iconostasio sonoro*. El silencio es una mistagoría que nos permite entrar en el misterio sin lastimarlo.

En la liturgia, por tanto, el lenguaje de los misterios que se celebran es silencioso. El silencio no oculta, sino que revela profundamente. San Juan Pablo II nos enseña que el misterio se revela continuamente, se cubre de silencio para evitar que en el lugar de Dios se construya un ídolo. Yo afirmo que en nuestros días los cristianos corren un riesgo más o menos grande de hundirse en la idolatría, en efecto, prisioneros de numerosos discursos humanos ruidosos, interminables, tendemos a elaborar un culto a nuestro gusto, dirigido a un Dios hecho a nuestra imagen. Como afirma el cardenal Godfried Danneels *"la liturgia occidental, tal como es practicada tiene como principal defecto ser demasiado habladora"*.

A menudo las celebraciones son ruidosas, aburridas y agotadoras. Podemos decir que la liturgia está enferma y el síntoma más llamativo de esta enfermedad es la omnipresencia del micrófono. El micrófono es tan indispensable que uno se pregunta: ¿cómo ha sido posible celebrar los santos misterios antes de su invención? El ruido que proviene de fuera y nuestros propios tumultuosos interiores nos hace extraños a nosotros mismos. El hombre que está permanentemente en el ruido, no puede más que hundirse cada vez más en la banalidad. Lo que dice es superficial, hueco, y habla sin parar hasta que encuentra algo que decir. Sus palabras son una especie de mezcolanza o galimatías irresponsables entre bromas de más o menos buen gusto y palabras insulsas incluso negativas que provocan desorden, confusión, incluso hostilidad y rencor en quien las escucha. Con frecuencia salimos de esas liturgias superficiales y ruidosas sin haber encontrado a Dios y sin haber gustado la paz interior que el Señor nos quiere ofrecer.

El silencio plantea el problema profundo de la liturgia. Ésta no puede ser más que mística. Cuando hablamos de liturgia con el corazón invadido por el ruido, ésta tendrá siempre un aspecto superficial y demasiado humano. El silencio litúrgico es una disposición esencial que necesitamos respetar. Es una conversión del corazón. Convertirse etimológicamente es volverse hacia Dios. No hay silencio verdadero en el marco de la liturgia si no estamos de todo corazón vueltos hacia el Señor. Es necesario convertirnos, volvernos hacia el Señor para mirarlo, contemplar su rostro y caer a sus pies para adorarlo. La liturgia privada de su alma contemplativa no es más que una ocasión de divisiones, de enfrentamientos ideológicos, de humillación pública de los débiles por parte de quienes pretenden mantener su autoridad en vez de ser el lugar de unidad y comunión en el Señor. ¿Por qué enfrentamos y descalificamos? Al contrario, la liturgia debería llevarnos a la unidad en la fe y al verdadero conocimiento del Hijo de Dios, a la edad del hombre perfecto, a la plenitud de la estatura de Cristo. Así, viviendo la verdad en el amor, creceremos verdaderamente en Cristo para elevarnos en todo hacia Él, que es la cabeza de su cuerpo místico, la Santa Iglesia.

Maltratar la liturgia, como hacemos a menudo hoy, equivale a alterar nuestra relación con Dios y la expresión de nuestra fe cristiana. Hoy día corremos el peligro de hacer daño tanto a la doctrina que alimenta nuestra fe como a la liturgia, que es la manifestación y la celebración de nuestra fe. Recordemos al respecto la afirmación del cardenal Charles Journet: *"La liturgia y la catequesis son las dos manillas de los alicates por las que el demonio quiere arrebatarse la fe al pueblo cristiano y tomar el relevo de la Iglesia para aniquilarla, para desmoronarla y destruirla definitivamente"*. Todavía hoy, el gran dragón está aguardando delante de la mujer, de la Iglesia, preparado para devorar al Hijo. Sí, el demonio quiere oponernos los unos a los otros en el corazón mismo del sacramento de la unidad y la comunión fraterna. Es hora de que cesen los desprecios, la desconfianza o la sospecha. Es momento de encontrar un corazón católico, es decir, uno y universal. Es tiempo de encontrar juntos la belleza de la liturgia, como nos recomienda el Santo Padre Francisco cuando decía en la homilía de la Misa Crismal del 28 de marzo de 2013: *"La belleza es presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado"*.

Me gustaría hacer mías las palabras llenas de fuerza y sabiduría de Romano Guardini en su obra *"Le Dieu vivant"*: *"Las grandes cosas se realizan en el silencio, no en el ruido y la puesta en escena de acontecimientos exteriores, sino en el brillo de una mirada interior, en el*

movimiento discreto de la decisión, en los sacrificios y en las victorias ocultas, cuando el amor toca el corazón, cuando la acción solicita el espíritu libre. Los poderes silenciosos son los poderes verdaderamente fuertes. Nosotros queremos prestar nuestra atención al acontecimiento más oculto, el más silencioso, donde las fuentes secretas se pierden en Dios, inaccesibles a las miradas humanas".

Quisiera terminar haciendo referencia a la figura que hoy nos congrega, San Juan de Ávila. Lo que he podido saber de esta gran santo y Doctor de la Iglesia me ha descubierto la sabiduría de un hombre de Dios, entregado totalmente a su Iglesia en la atención especial a todos, particularmente a los sacerdotes de su tiempo. Su vida y testimonio fue el mejor ejemplo para enseñar a otros, para acompañar espiritualmente a otros. Enseñó con sus palabras porque meditó la palabra de Dios. Fue maestro de oración, porque constantemente oraba ante Dios. Fue un buen sacerdote porque celebraba los santos misterios con la profunda devoción que reflejan sus escritos. Él también valoró la fuerza del silencio para el hombre que quiere estar ante Dios en la liturgia, en el estudio y en la oración. Según él, quien ora, por tanto, quien celebra la liturgia, ha de estar recogido, centrado, en silencio ante Dios.

Por eso, quiero terminar mis palabras con sus mismas palabras recordando lo que decía en una de sus famosas pláticas: *"El recogimiento es un silencio en Dios"*.

Muchas gracias a todos.